

tacion de Chipre triunfó de la política sospechosa del senado; la liga católica fué firmada : á fines de 1571 entre la España, el papa y Venecia, para humillar el poder otomano en el Levante.

El armamento general fué fijado en cien navíos, doscientas galeras, cincuenta mil hombres de desembarco, y cinco mil de caballería. El rey de España como el mas fuerte y mas celoso, se encargó de la mitad de los gastos de la guerra, Venecia de una tercera parte, el papa de la sexta; el generalísimo debia ser nombrado por España. Mesina, en Sicilia, era el puerto de la coalicion y el punto de partida de los confederados. Una misa solemne celebrada con toda la pompa militar y religiosa de la época selló la confederacion.

El embajador de Francia, pasando por Venecia, al volver á Constantinopla, intentó en vano separarla de una alianza con potencias cuyo móvil principal era mas bien el de dominar en sus propios mares, que el deseo de vengar á la república. Los políticos comprendieron al embajador, pero el pueblo no escuchó mas que á los predicadores de la cruzada. Esta es la vez decimatercia que la presencia de los turcos en Europa sublevó contra ellos el Occidente.

El Godofredo de Bouillon de esta tercera cruzada parecia haber sido formado por la naturaleza, por la

política y por la gloria para ser el alma, el genio y el brazo de esta coalicion. Este es el último de los caballeros del Occidente que, por su nacimiento, aventuras y heroismo, se parece al héroe de la fábula, del romance ó de la poesia. Este generalísimo de la cruzada naval, era D. Juan de Austria. Habia un velo acerca de su origen, que la historia acaba apenas de levantar.

XV

Carlos V no solo tenia el genio, sino el corazon tambien de un grande hombre, sediento de gloria y de amor. Seis años despues de haber muerto su mujer á quien habia amado fielmente, y cuya memoria idolatraba, se apoderó de él una de esas tristezas que deja vacío en los corazones por la ausencia eterna de las personas que se han amado, vacío que no puede ser llenado mas que por la religion y por el amor; estos dos extremos del alma. Mas tarde, otro acceso de melancolia le hizo sentir el mismo vacío en la posesion de la monarquía universal, y renunciar al trono para dedicarse á la contemplacion en el monasterio de San Yuste.

Cuando residia en 1545 en Ratisbona, y gobernaba

desde allí tantos reinos, desde Túnez hasta los confines de la Hungría y las embocaduras del Escalda, tuvo unos amores misteriosos y caballerescos con Bárbara de Blomberg, jóven alemana de noble familia, cuya pura belleza y ternura de alma le hacian recordar la compañera de sus primeros años. La tristeza mas que la pasion fué la que hizo nacer y alimentar el amor entre estos dos corazones. Bárbara de Blomberg tenia una de esas voces que remueven fuertemente los recuerdos en el fondo del corazon. Carlos que habia tenido ocasion de oirla en las fiestas de Ratisbona, habia sentido una emocion mas fuerte que su languidez. Bárbara de Blomberg fué llamada honrosamente á su córte y recibida familiarmente por el rey para distraer (dicen las memorias de la época) la tristeza del príncipe con su canto.

D. Juan nació el 24 de febrero de 1546 de estos amores. El misterio mas profundo habia ocultado este nacimiento. Carlos V tenia muchos escrúpulos por su buen nombre y mas aun por el de su amante, á quien queria demasiado para consentir en deshonrarla con su amor. El niño robado á la madre por una confidenta, criado en Alemania con nombre supuesto, trasportado despues á España por su nodriza, fué cuidado hasta su adolescencia léjos de su vista, pero cerca del corazon de Carlos V.

Cuando este príncipe, por uno de esos cansancios que se apoderan alguna vez del mas dichoso de los hombres, abrumado por el mismo peso de su felicidad, resolvió abdicar el imperio para aspirar unicamente al reino celeste, y se encerró en la soledad de San Yuste en 1556, el niño estaba á cargo del escudero Quesada á quien Carlos V habia confesado que era su padre. Quesada habia sido encargado de educar y de formar al jóven D. Juan con todos los cuidados que exigia la sangre que corria por sus venas, pero sin dejar conocer jamás á su discípulo que era el hijo del señor de Europa. El fiel servidor habia confiado desde luego el niño misterioso á un honrado vecino del pueblo de Leganés cerca de Madrid. El niño habia fortificado su cuerpo con la vida sóbria y laboriosa de los castellanos; y el cura del pueblo le habia enseñado los rudimentos que aprendian los demás muchachos del país.

Cuando D. Juan llegó á los nueve años, Quesada lo sacó de Leganés y lo presentó á su mujer, Magdalena de Ulloa, diciéndole por toda explicacion de este huésped introducido en la casa: « He aquí un paje que yo os traigo; es hijo de un amigo ilustre, cuyo nombre he jurado no revelar jamás. »

La esposa de Quesada que no tenia hijos, y á quien sedujeron las sencillas gracias del supuesto paje,

creyó que era fruto de alguna falta que habia cometido en la juventud su marido ántes de su matrimonio, y se le aficionó tanto mas, quanto que ella no esperaba tener un heredero de su nombre. Ella se hizo dar por el niño el mas tierno nombre despues del de madre, el de tia, y Quesada llamaba á D. Juan su sobrino.

No obstante una casualidad casi reveló á medias la verdad á la esposa del caballero.

En el poco tiempo que la guerra y la córte dejaban libre á Quesada, el escudero de Cárlos V iba á habitar Villa-García. Despertado una noche por las llamas de un incendio que devoraba su casa, se precipitó á salvar al niño dormido, ántes de ir al cuarto de su mujer. Magdalena de Ulloa comprendió en esta predileccion del deber sobre la naturaleza, que D. Juan era un depósito sagrado, del cual debia su marido dar cuenta al emperador. Quesada sin confesar nada, dió lugar á estas suposiciones.

La residencia de Cárlos V en el monasterio de San Yuste acabó de romper el velo para Magdalena de Ulloa.

Este príncipe habia conservado cerca de él algunos de sus antiguos servidores : Quesada era el mas querido y mas familiar de todos. Las reglas del convento prohibian la entrada en el monasterio de San Yuste

á las mujeres. Quesada habia establecido á su mujer y su paje en el vecino pueblo de Cuacos. El emperador tenia así el placer de ver, sin ser conocido como padre, al paje de Magdalena de Ulloa. Recibia frecuentemente en el monasterio á la mujer de su escudero acompañada del niño. Aunque nó queria todavía revelar al paje su nacimiento, sus miradas cariñosas y la alegría que manifestaba al contemplarle revelaban en cierto modo á sus servidores y á los monjes, que este niño era algo mas que un entretenimiento en los ratos de ocio del grande solitario.

Don Juan se perfeccionó á su vista en todos los ejercicios del espíritu, en las armas y la equitacion que formaban entónces el paje ó el caballero perfecto. La historia ofrece pocas escenas mas majestuosas y mas íntimas que las de este señor disgustado del mundo, sentado cerca de la ventana de su celda, en un convento de monjes entre su fiel escudero y la madre adoptiva del niño, mirando á su hijo, imagen de una madre muy querida, jugar ó reñir en el jardin del monasterio, deseando abrazarle, y no atreviéndose á decirle su nombre ni su rango, por temor de ofender á Dios y de escandalizar la monarquía.

XVI

Despues que Cárlos V, por separarse mejor del imperio y del mundo, hizo celebrar delante de él y de su hijo sus propias exequias, murió, y el niño asistió con Quesada á los verdaderos funerales. Lloró por el emperador, sin estar todavía cierto de que lloraba por su padre. Quesada cerró los ojos de su señor despues de su muerte. Llevó á su mujer y su paje á su casa de Villa-García, no revelando su secreto mas que á Felipe II, hijo y heredero legítimo de España. « Se habla mucho, » escribia al nuevo emperador, « sobre el verdadero padre de Don Juan; « pero yo he negado siempre y guardaré un completo silencio. Vuestra Majestad puede estar convencido de que el secreto es seguro, aunque yo « doy al niño una educacion digna de su augusto « origen. » Quesada comunicó su alma heroica á su discípulo. Cuando Felipe II volvió á España en 1559, hizo prevenir á Quesada que saliera al camino con su paje cerca del monasterio de la Espina. Quesada, arrancando al niño del lado de su mujer, le confesó por

la primera vez la verdad acerca de los amores de su señor y de Bárbara. Felipe II, bajo pretexto de caza, encontró como por casualidad á Quesada y al paje en el paseo solitario de la selva de Tonzos. Prolongó largo tiempo su conversacion con Quesada mirando con una alegría visible al paje. La cara ovalada, la frente alta, la nariz aguileña, la fisonomía pensativa y marcial á la vez de este jóven, trazaban á los ojos de Felipe II el retrato rejuvenecido de Cárlos V. No tenia aun endurecido el corazon por el fanatismo del trono que mató á don Cárlos. Sus ojos se humedecieron, abrazó al paje, y le nombró á su padre en voz baja; despues volvió á montar á caballo, y acercándose á su comitiva que se habia separado durante esta entrevista : « La caza ha concluido, » dijo mirando todavía á Don Juan; « jamás he tenido un encuentro mas agradable. » Don Juan siguió desde este dia á Felipe II, y acabó su educacion bajo la direccion de los maestros de don Cárlos, hijo del rey. Se le dió el nombre significativo de Don Juan de Austria. Dos años despues, desplegó su valor contra los moros sublevados de las Alpujarras. Quesada, nombrado ayo del príncipe, presidente del consejo de Indias y general de la infantería española, le acompañó para enseñarle el arte de la guerra. Don Juan y Quesada fueron ántes de la campaña á Villa-Gar-

«cía, el uno á saludar á su madre adoptiva, y el otro á su querida esposa. Ella les recomendó mutuamente, invocó para ellos la proteccion de Dios, y los despidió con las lágrimas en los ojos.

Estas lágrimas eran un presentimiento. En un encuentro con los moros, don Juan muy empeñado iba á caer bajo las balas que ya habian roto su casco, cuando su bravo tutor, metiéndose entre él y los moros, recibió en el pecho la descarga del grupo enemigo. Espiró en medio de la batalla, en los brazos de su discípulo, convertido ya en un héroe, pero siempre como un hijo para él. Don Juan lo sepultó despues de la victoria en la iglesia de los Gerónimos de Baza, hasta tanto que podria transportarse su cuerpo á donde dispusiera su viuda.

« Quesada, » escribió á doña Magdalena contándole y templando él mismo su pérdida, « ha muerto como debia morir, combatiendo por la gloria, por la patria, y sacrificándose voluntariamente por salvar al que amaba como hijo; ha muerto coronado de inmarcesibles laureles. Lo que soy, lo que pueda ser algun dia, á él se lo debo y se lo deberé todo; él me ha dado una segunda vida, la del espíritu y la del corazon, tal vez mas noble que la primera. Pobre viuda desconsolada, madre siempre querida! ¡yo solo os quedo en la tierra, y yo os

« pertenezco doblemente porque vuestro marido ha muerto! ¡porque he causado involuntariamente vuestra desgracia! ¡Reprimid vuestra desesperacion con vuestra acostumbrada sabiduría, porque no estaré á vuestro lado para secar vuestras lágrimas ó mezclar las mias con las vuestras! ¡Adios, querida y honrada madre! rogad á Dios que os deje volver á ver á vuestro hijo para abrazarle tiernamente. »

El jóven que escribia así á la sombra de un trono á la viuda de Villa-García, anunciaba el verdadero héroe de su siglo. Él cumplió con todo el fervor de la juventud, de la gloria y del amor, la piedad filial que habia consagrado á su madre adoptiva. A la vuelta de sus campañas, su primera visita era para ella; sus primeros trofeos marítimos, un fanal cogido de la proa de un bajel almirante de los turcos, fué enviado por él á doña Magdalena. Despues de la victoria de Lepanto, pidió para ella, por toda recompensa, un favor al papa.

Tal era el jóven héroe á quien el nacimiento, la autoridad de Felipe II y su precóz reputacion le habian valido el mando general de la armada coaligada.

XVII

La gloria era la única herencia de estos hijos del amor, como Don Juan ó Dunois. Sus padres, que no podian legarles ni su nombre ni su trono, querian legarles al ménos victorias ganadas para sus pueblos por estos herederos de su sangre. No atreviéndose á hacer reyes, hacian héroes. La naturaleza conspiraba frecuentemente con los padres para vengar á los bastardos de la superioridad de rango de los príncipes legítimos. Hijos de la juventud y del amor, estos desconocidos tenian el privilegio de los seres desheredados, mas semejanza con su padre, una madre mas hermosa, una ternura mas profunda, porque era mas misteriosa, y una educacion mas varonil. Estos hombres que reciben ménos de la fortuna, desarrollan ventajosamente los resortes de su carácter para formarse ellos mismos una posicion digna de su rango. Tal era Don Juan, ya el primero de los caballeros ántes de ser el primero de los almirantes de Europa. Andrés Doria, el héroe de Genova, ya viejo, se honraba á la vez con aconsejarle y servirle en estos mares,

en que tanto nombre habia adquirido por sus hazañas.

XVIII

La flota combinada salió de Mesina para buscar la otomana el 25 de setiembre de 1571. Don Juan mandaba personalmente setenta y dos bajeles de España, seis de la órden de Malta, tres de la casa de Saboya. Marco Antonio Colonna, almirante del papa, mandaba las doce galeras de Roma; el almirante Sebastián Veniero, el primer marino de la república, ciento doce buques de los cuales muchos eran de una dimension igual á fortalezas flotantes. Juan de Córdova, almirante de Sicilia, exploraba el camino con ocho embarcaciones lijeras. Andrés Doria bogaba á vanguardia con sus cincuenta y cuatro galeras. La flota veneciana, dividida en dos escuadras, formaba el centro; el almirante de Nápoles con treinta y dos buques bordeaba á la vanguardia.

Don Juan habia dado órden á los sicilianos de la cabeza y á los Napolitanos de la reserva de flanquear la flota como dos alas en el momento en que esta se

desenvolviera en línea á la vista del enemigo. Don Juan ignoraba el número y el paradero de los bajeles de la flota turca. Despues de haber navegado como el Nelson de nuestros dias, durante diez y seis dias, de un borde á otro del Mediterráneo en busca de las flotas turcas sin poder descubrir las, su instinto le hizo entrar en el Adriático, á toda vela, ántes del amanecer del dia 7 de octubre. Los primeros rayos del alba le permitieron percibir una inmensa nube de velas detras de las pequeñas islas Echinades, ó las Sanguijuelas, que cierran como otras tantas boyas el profundo golfo de Lepanto á la embocadura del pequeño rio Achelous. Estos eran los doscientos veinte buques ó galeras de la flota otomana que costeaban la Albania, para buscar por su parte la flota confederada y el campo de batalla que les habia sido frecuentemente favorable en la época de Barbaroja; pero no se hallaba este allí. Pialé, cansado del mar, habia sido nombrado visir. Un almirante intrépido, pero sin experiencia, Ali-Muezzinzade (hijo del Muezzin) mandaba la flota como capitan-bajá. Sus lugartenientes eran el arjelino Uludj, el tripolitano Djafar-bajá, y el jóven Hassan-bajá, hijo de Barbaroja. Pertew-bajá mandaba las tropas de tierra embarcadas en los navíos, mas incómodas que útiles en una batalla de quinientos bajeles.

Al aspecto de la vanguardia de D. Juan que se replegó detras de las islas Echinades para ir á avisar á la flota combinada, Pertew-bajá y Hassan-bajá, llamados al consejo al navío almirante, aconsejaron al capitan-bajá que se mantuviera sobre la defensiva en el golfo de Lepanto y aplazara la batalla hasta que sus nuevas tripulaciones, mas familiarizadas con el mar, dieran mas soldados al ejército y mas movilidad á sus bajeles. Pero toda prudencia parecia cobardía á los temerarios, é infidelidad á los fanáticos. Muezzinzade desplegó todas las velas para ir con mas ligereza en busca de los cristianos.

XIX

D. Juan viendo aquella maniobra, izó en su mástil de artimon un pequeño estandarte verde de forma cuadrada, señal convenida con sus almirantes para formar la línea de batalla. Cada una de sus divisiones fué dispuesta, dirigida y animada por uno de los marinos consumados que tenian un nombre que perder en la derrota ó que ilustrar con su participacion en